Palabras pronunciadas por el Eminentísimo Sr. Cardenal Stanislaw Dziwisz, Arzobispo de Cracovia y Secretario del Venerable Juan Pablo II, en la presentación de la película "Testimonio".

S.M.I. Catedral de La Habana,
24 de febrero de 2010

Eminencia y Excelencias Reverendísimas,
Estimadas Autoridades,
Excelentísimos miembros del Cuerpo Diplomático,
Reverendos Padres diocesanos, religiosos y religiosas,
Queridos hermanos y hermanas,

1. En este momento, doy gracias a Dios por estar una segunda vez en Cuba. Quiero también manifestar mi gratitud al Cardenal Arzobispo de La Habana que me ha invitado a hacer esta visita. Hace 12 años, acompañé al Santo Padre Juan Pablo II durante su viaje apostólico, siendo su secretario. Hoy, lo visito como Arzobispo de Cracovia, la ciudad de la juventud de Karol Wojtyla y luego de su servicio pastoral hasta el momento de ser elevado a la sede de San Pedro, el memorable 16 de octubre de 1978. Les traigo los saludos de la Iglesia en Polonia que anuncia desde hace más de mil años el Evangelio en nuestra tierra. Me atrevo a decirles, entonces, que el Papa Juan Pablo II fue un fruto maduro de la fe del pueblo polaco y de su inquebrantable fidelidad durante siglos a la Sede Apostólica.

2. Hoy, hablando en esta Catedral Metropolitana, me vuelve a la memoria aquel mes de enero del año 1998. Desde hacía muchos años, Juan Pablo II soñaba con llegar a la isla más grande del Caribe. Quería fortalecer en la fe la Iglesia de Cuba y expresarle su solidaridad y la de toda la Iglesia universal. Anhelaba mirar los rostros de los cubanos y cubanas para leer en ellos sus preocupaciones e inquietudes, sus esperanzas y alegrías. Deseaba hablarles, y llegar a sus corazones como padre y pastor. Permítanme recordar un breve fragmento del discurso del Papa, pronunciado el primer día de su visita, en el que expresó sus deseos, sus anhelos y su estilo pastoral: *"Hoy vengo a compartir con ustedes mi convicción profunda de que el Mensaje del Evangelio conduce al amor, a la entrega, al sacrificio y al perdón, de modo que si un pueblo recorre este camino es un pueblo con esperanza de un futuro mejor. Por eso, ya desde los primeros momentos de mi presencia entre ustedes, quiero decir con la misma fuerza que al inicio de mi Pontificado: «No tengan miedo de abrir sus corazones a Cristo», dejen que Él entre en sus vidas, en sus familias, en la sociedad, para que así todo sea renovado. La Iglesia repite este llamado, convocando sin excepción a todos: personas, familias, pueblos, para que siguiendo fielmente a Jesucristo encuentren el sentido pleno de sus vidas, se pongan al servicio de sus semejantes, transformen las relaciones familiares, laborales y sociales, lo cual redundará siempre en beneficio de la Patria y la sociedad"* (*Discurso en la ceremonia de llegada a La Habana*, 21/01/1998, n. 4).

2. La misión de Juan Pablo II en la Iglesia y en el mundo se terminó el 2 de abril de 2005, el día de su partida a la casa del Padre. Desde hace cinco años, en la conciencia del pueblo de Dios se fortalece cada vez más la convicción de la santidad del Papa que llegó a Roma desde Polonia, "desde un país lejano". Las largas filas de los peregrinos del mundo entero que día a día se acercan a su tumba en las Grutas vaticanas, son una señal extraordinaria. Y hace dos meses, el Santo Padre Benedicto XVI dictó el decreto sobre la heroicidad de las virtudes del Venerable Siervo de Dios.

   Al terminarse la vida y el pontificado de Juan Pablo II, en muchos países y ambientes surgió la necesidad de conocer más de cerca y de modo más profundo al hombre que durante 27 años fue llamado el Pedro de nuestros tiempos. Y dado que yo serví a su lado durante casi 40 años, primero en Cracovia y luego en el Vaticano, todos esperan que yo compartiera mi experiencia de vida junto a él. Durante el tiempo de su pontificado nunca hablé de él porque no pertenecía al estilo del servicio que me había pedido. Consideré que la discreción debía ser el rasgo de los hombres que cumplen esa misión. Pero después de la muerte del Papa, quise dar testimonio de la verdad sobre quién era él, cómo vivía y qué hizo.

   De este modo, en colaboración con el excelente escritor y periodista italiano Gian Franco Svidercoschi, preparé el libro *"Testimonio"*. En la versión española de esta obra el título fue traducido

por *“Una vida con Karol”*, pero este nuevo título no corresponde con mi sensibilidad ni con la relación que existía entre el Cardenal Wojtyla -luego Santo Padre-, y yo. Él fue para mí padre, autoridad y guía. El libro, modesto en su planteamiento, tuvo mucho éxito; por lo que se presentó el proyecto de llevarlo a la pantalla. Después de muchas dudas, me dejé convencer para colaborar en la filmación de la película. Tiene un gran mérito en esto el señor Przemyslaw Häuser, editor del libro, productor de la película, y embajador de la Orden de Malta en Cuba.

4. ¿Quién fue Juan Pablo II? ¿Cuál es la clave para entender su extraordinaria personalidad, sus enormes logros y el entusiasmo de fe que despertaba en los corazones de los millones de hombres y mujeres en todos los continentes? Personalmente, estoy convencido de que pudo tanto porque sobre todo fue un hombre de Dios. Esta era la piedra angular de su identidad. Vivió con Dios y para Dios desde su juventud. Era creíble porque vivía lo que decía. No tuvimos y no tenemos la posibilidad de incursionar en los secretos de su alma, pero la verdad de su profunda relación con Dios era evidente para todo el que se encontraba con él. Tanto más si alguien compartía con él la vida, las penas y las obligaciones diarias. Karol Wojtyla fue un hombre de oración y de permanente unión con el Señor. En el centro de su existencia estaba Jesucristo. Se identificaba con él y con su Evangelio, con su misión salvadora.

   La santidad de Juan Pablo II fue auténtica y, al mismo tiempo, ordinaria; es decir, normal. No hacía alarde de santidad. La percibían quienes entraban en contacto con él. Fue un auténtico místico cuya profundidad espiritual no le separaba de la tierra, del hombre ni de sus asuntos. Y este es otro rasgo de su personalidad. Era un observador perspicaz y cuidadoso de la realidad. Disponía de una gran inteligencia. Sabía desarrollar consideraciones y reflexiones filosóficas. Al mismo tiempo, fue un hombre de acción. Percibía las direcciones de los movimientos. Todo esto formaba parte de su personalidad de Pastor; en otras palabras, de guía.

   Juan Pablo II conocía los problemas y las esperanzas del mundo contemporáneo y del hombre. Sabía que la respuesta definitiva a los problemas y las esperanzas sólo la puede ofrecer Jesucristo. Por esta razón su visión de la realidad era profundamente cristocéntrica y la hizo presente a toda la Iglesia, convenciendo y movilizando.

   Fue un hombre que compartía con los demás la profundidad de su experiencia espiritual y quería transformar nuestro mundo para que fuera más de Dios; y así, más humano. Guió a la Iglesia entera por los caminos de la fe. Podemos entonces decir que su mística fue la mística del servicio. Dios lo guiaba como hombre y él, a su vez, conducía al hombre hacia Dios. Así fue su servicio a Dios y, simultáneamente, a la Iglesia, al hombre y al mundo. He aquí el secreto de Juan Pablo II.

   ¡Muchísimas gracias!

-Servicio de noticias-
Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2012©
Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original